

quita (1); si se ciñe á cumplir aquellas obligaciones, aquellos deberes de los cuales no puede prescindir sin culpa grave, también el Señor se limita á concederla aquellas gracias generales con las cuales difícilmente permanecerá fiel en la tentación. Es verdad que estas gracias ordinarias son suficientes para perseverar en el bien; pero la faltarán los auxilios extraordinarios con los cuales infaliblemente se persevera. Por ello no hay tentación, no hay riesgo que no exponga á estas almas á una caída mortal. ¡Qué estado tan deplorable el de estas almas! Desde ese momento el suave yugo de Jesucristo (2) viene á ser para ellas duro, pesado, insoportable, porque ya no experimentan los consuelos que lo suavizan y aligeran; y las son insípidas todas las prácticas de piedad y molestos todos sus ejercicios; viven desgraciadas y sin consuelo; toda su vida se reduce á una monótona repetición de actos estériles que arrastran con indolencia hasta el sepulcro. Pero este estado, hermanas mías, es violento y no puede durar. Una virtud que no sosiega el corazón, que no contenta al amor propio, pronto cansa; la carga que pesa y no se lleva con amor, sino por algún respeto humano, pronto se sacude. El corazón del hombre necesita un objeto que lo ocupe, que lo sujete, y si no es Dios quien lo sujeta y quien lo ocupa, lo será forzosamente el mundo, lo serán las pasiones, lo serán los vicios; así que, el paradero inevitable de estas almas desdichadas, es la desgracia de la caída y con ella la pérdida de la gracia santificante, el pecado mortal.

Ejemplo. Llenas están las Santas Escrituras de ejemplos que corroboran esta tristísima verdad. Sólo citaré uno que muestra con evidencia á qué abismo de maldad puede conducir como por grados un solo pecado leve. Después que

(1) Luc., XIX, 24; Matth., XXV, 28.

(2) Matth., XI, 30; I. Joann., V, 3.

Saúl fué ungido por Samuel, rey del pueblo de Dios, díjole el profeta: *Pasa á Gálgala y aguardame allí siete días, hasta que yo llegue y te declare lo que debes hacer.* Esperó Saúl á Samuel siete días, pero no enteros; pues al amanecer del día séptimo ofreció á Dios un holocausto, sin aguardar al profeta. Acabado el holocausto, aparece Samuel y le dice: *Infeliz, ¿qué has hecho?... Saúl, confuso y aturdido, intentó disculpar con excusas su inobediencia al precepto de Dios, y replicóle Samuel: Has obrado neciamente no cumpliendo el mandato del Señor tu Dios; que si eso no hicieras, desde ahora hubiera el Señor asegurado para siempre tu reino sobre Israel; mas ahora pronto acabará tu reinado* (1). Muchos y graves autores opinan que Saúl obró en este caso, como él mismo dijo, *forzado por la necesidad*, y dicen que no fué grave esta falta de obediencia, sino leve. Pues con todo ello, á esta falta leve siguió luego no sólo la pérdida del reino y de la corona, sino también la pérdida del temor de Dios, de la virtud, de la gracia, del alma y del cielo. No fué esta desobediencia la causa próxima de la condenación de Saúl, por cuanto no era más que pecado venial, sino que fué ocasión y disposición remota de su perdición eterna, puesto que por esa falta leve, de la cual jamás se arrepintió, mereció muy justamente que Dios le retirase sus auxilios y gracias especiales que, como don gratuito de Dios, á nadie debe de justicia. Privado ya de estas gracias, prosiguió Saúl multiplicando los pecados y los crímenes; unas veces, devorado por la envidia, intentando quitar la vida á David, porque barruntaba que había de sucederle en el trono (2); otras, burlándose de los preceptos de Dios, despreciando sus amenazas y mandando quitar la vida al Sumo Sacerdote Aquimelec y á ochenta y cinco sacerdotes que le acompañaban. No saciado todavía su despecho,

(1) I. Reg., XIII, 12.

(2) I. Reg., XVIII, 11.

pasó también á cuchillo á todos los habitantes de la ciudad de Nobe, hombres y mujeres, muchachos y niños de pecho, hasta los bueyes, los asnos y las ovejas (1). Finalmente, en la batalla que dió contra los Filisteos en los montes de Gélboe, murieron á filo de espada los tres hijos de Saúl, única esperanza del reino, y temiendo Saúl caer en manos de los Filisteos, sus enemigos, él mismo desesperado se dió la muerte atravesándose el cuerpo con su misma espada (2). «Veis aquí, dice San Juan Crisóstomo, á Saúl que empezó »por una leve desobediencia, y deslizándose por la pendiente del pecado, él mismo vino á precipitarse en el abismo de »la perdición eterna» (3). Séame lícito ahora exclamar con San Gregorio: «Ved lo que se exponen á perder y adónde van á parar los que miran con desprecio las faltas leves.»

Corrobora esto lo que escribe Santa Teresa hablando del pecado leve. «Quiso el Señor, dice la santa, ponerme en espíritu en un lugar del infierno que tenía por mis pecados »merecido, para que viese por vista de ojos de dónde me »había librado su misericordia» (4); no por pecados graves que nunca cometió, sino por leves defectos de su juventud, los cuales la habrían precipitado en el abismo del pecado mortal si, advertida del peligro, no hubiera emprendido una vida mortificada y fervorosa.

Castigos. Pero lo que muestra con más elocuencia la insuperable oposición que media entre la santidad de Dios y la fealdad del pecado, son las desgracias y calamidades con que ha castigado, aun en esta vida, faltas al parecer pequeñas y de poca importancia.

Leemos en el libro segundo de los Reyes (5), que Oza, hijo de Abinadab, iba custodiando el Arca de Dios, llevada

(1) I. Reg., XXII, 18.
(2) I. Reg., XXXI, 4.
(3) Homil. 87, in Matth.

(4) Vida, cap. XXXII.
(5) II. Reg., VI, 7.

en un carro nuevo tirado por bueyes; al llegar á la era de Nacón, dice la Escritura que los bueyes comenzaron á andar con tal viveza, que hicieron inclinar el Arca. Apenas lo advirtió Oza, extendió su mano para sostenerla; mas el Señor, indignado en gran manera, castigóle por su temeridad—pues no siendo sacerdote, no podía tocarla—y quedó muerto allí junto al Arca de Dios.

El sagrado libro de los Números (1) refiérenos otro castigo semejante. Estando los hijos de Israel en el desierto, hallaron á un hombre recogiendo leña en día de sábado—día festivo para los judíos—y lo presentaron á Moisés y á toda la Sinagoga, los cuales le encerraron en la cárcel, no sabiendo qué debían hacer de él. Moisés consultó el caso con Dios, y díjole el Señor: *Muera ese hombre y mátele todo el pueblo á pedradas fuera del campamento.*

Sabido es el caso de la mujer de Lot, convertida en estatua de sal por una leve desobediencia, dice San Juan Crisóstomo (2).

Asimismo el de los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, que murieron abrasados por el fuego que bajó del cielo, porque osaron ofrecer á Dios incienso con fuego que no era sagrado (3).

El mismo Moisés, del cual dijo el Señor que era el más fiel de todos sus siervos y con quien hablaba como un amigo habla á su amigo (4), vacila un momento al herir con su vara la peña en el desierto, y por esta sola falta queda privado de entrar en la tierra de promisión, cuyas fronteras tocaba después de infinitas tribulaciones (5).

David, rey según el corazón de Dios (6), cede á un lige-

(1) Núm., XV, 35.
(2) Génes., XIX, 26; Luc., XVII, 32.
(3) Levit., X, 2; Núm., III, 4.

(4) Núm., XII, 7; Hebræ., III, 2.
(5) Núm., XX, 12.
(6) Act., XIII, 22.

ro impulso de vanidad, que consistió en mandar hacer el censo de toda la gente de Israel y de Judá, para saber el número de sus vasallos, y Dios castigó este pecado con una peste terrible que en solos tres días quitó la vida á setenta mil personas (1). «David pecó, dice San Agustín (2), porque »obró movido por vanidad y soberbia», aunque es muy probable que su pecado fuese leve, por lo que se infiere del mismo texto sagrado (3).

Ahora bien: al ver á un Dios tan *misericordioso, tan benigno y de extremada clemencia* (4), castigar con tanto rigor á sus siervos más amados por pecados leves, por faltas ligeras que, á nuestro parecer, apenas merecen atención, ¿qué debemos esperar nosotros si cometemos estas mismas faltas con advertencia, sin el menor remordimiento y en la presencia de ese mismo Dios que tan terrible se ha mostrado en sus fieles servidores?... Meditemos, hermanas mías, meditemos sosegadamente á la luz de la fe esta amarga verdad y declaremos guerra á muerte al pecado leve, pues por muy ligero que sea, es de fe que no entrará con nosotros en el reino de los cielos (5). En la hora de nuestra muerte no nos valdrá estar abastecidos de merecimientos; con todos nuestros méritos y con toda la santidad que hayamos adquirido, si nuestra alma al salir de este mundo lleva la mancha de algún pecado venial que no haya expiado con la penitencia, este solo pecado, esta ligera mancha nos impedirá la entrada en la mansión de los bienaventurados, hasta que Dios la haya vengado con el fuego del purgatorio (6), tan temible como poco temido.

Amargas quejas exhalamos todos los días al ver que

(1) II. Reg., XXIV, 15.

(2) Lib. XXII, contr. Faust., cap. 66.

(3) III. Reg., XV, 5.

(4) Psalm. CII, 8; II. Esdr., IX, 17.

(5) Apocal., XXI, 27.

(6) Matth., V, 26; I. Corinth., III, 15.

siempre somos los mismos, que no adelantamos un paso en la práctica de las virtudes, que pasan los años y quedan con nosotros los malos hábitos, y quizá no hemos advertido que son los pecados veniales voluntarios los que se oponen á nuestro adelantamiento en la virtud, como dicen todos los maestros de la vida espiritual. Pues, hermanas mías, este es el obstáculo y así lo afirma la gran Santa, Catalina de Sena: «Nada hay tan funesto en el camino de la perfección, dice, »como una falta, por pequeña que sea, cuando el que la comete no cuida de enmendarse y purificarse por la penitencia» (1).

Sea, pues, hoy nuestro propósito evitar, con la gracia de Dios, el pecado leve, ó por lo menos no dejarlo arraigar en el corazón, que hemos de conservar siempre puro y limpio para que sea digna morada del divino Esposo (2); y para que lo imprimáis en vuestra memoria, os referiré un ejemplo tomado de la Santa Escritura. Leemos en el sagrado libro del Éxodo (3), que el rey de Egipto mandó quitar la vida á todos los hijos varones de los hebreos apenas naciesen, y confió esta comisión á las matronas diciéndolas: *Cuando asistiereis á las hebreas en sus cuidados, si el recién nacido fuere varón, matadlo; si hembra, dejadla vivir.* ¿Sabéis qué movió al rey á dar tan descabellada orden? El temor de que los hijos varones se multiplicaran y pudiesen algún día declararle guerra y arrojarlo del trono. Pues este temor y esta solicitud debemos tener también nosotros en lo que atañe á los pecados y defectos leves, declarándoles guerra á muerte antes que se multipliquen y logren introducirse en nuestras costumbres y echar raíces en el corazón, porque, como he dicho, pueden ser un obstáculo serio en el camino de la perfección,

(1) Vida, part. II, cap. 6.

(2) II. Corinth., VI, 16; I. Corinth., III, 16; Joann., XIV, 23.

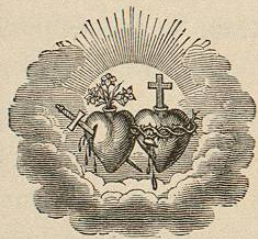
(3) Exod., I, 16.

y plegue á Dios no lo sean también, andando el tiempo, para la salvación de nuestras almas.

No permita Dios que halle albergue en esta santa casa el pecado, siquiera sea leve, porque su Majestad habita en ella (1). Mas si por fragilidad propia de la naturaleza (2), cometéis alguna falta, no perdáis la paz del corazón; venid, entrad en esta capilla, que es como la sala de recibo de Jesús, postraos á sus plantas benditísimas, y humildes y confiadas, decidle de lo íntimo del corazón: «Jesús mío amorosísimo, dulcísimo Esposo de mi alma, perdonadme; desde » hoy quiero serviros con vuestra ayuda, no como esclava » por temor, ni como mercenaria por la recompensa, sino » como esposa fidelísima, pues las esposas sirven por amor; » para que después de haberos servido fielmente en la tierra, » merezca y merezcamos todos gozaros eternamente en el » cielo.»

(1) Génes., XXVIII, 17.

(2) Psalm. CII, 14; Génes., VIII, 21.



DE LA TIBIEZA